

COLECCIÓN POPULAR

771

SPACE INVADERS



NONA FERNÁNDEZ SILANES

# Space Invaders



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, Alquimia, 2013  
Primera edición, FCE, 2020

---

Fernández Silanes, Nona

Space Invaders / Nona Fernández Silanes. — México : FCE, 2020  
80 p. ; 17 × 11 cm — (Colec. Popular ; 771)  
ISBN 978-607-16-6702-1

1. Novela chilena 2. Narrativa 3. Literatura chilena – Siglo xx  
I. Ser. II. t.

LC PQ8098

Dewey Chi863 F565s

---

*Distribución en México y Centroamérica*

© 2013, Nona Fernández Silanes

Esta edición de *Space Invaders* es publicada  
con el acuerdo de Ampí Margini Literary Agency  
y con la autorización de la autora.

D. R. © 2020, Fondo de Cultura Económica  
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México  
[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)  
Comentarios: [editorial@fondodeculturaeconomica.com](mailto:editorial@fondodeculturaeconomica.com)  
Tel.: 55-5227-4672

Diseño de portada: Neri Ugalde

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere  
el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-6702-1

Impreso en México • *Printed in Mexico*

# ÍNDICE

## PRIMERA VIDA

I	13
II	14
III	16
IV	17
V	20
VI	24
VII	26

## SEGUNDA VIDA

I	31
II	33
III	35
IV	38
V	41
VI	43
VII	45
VIII	47

## TERCERA VIDA

I	51
II	52

III	56
IV	58
V	61
VI	62

#### GAME OVER

I	65
II	67
III	68

#### EPÍLOGO

Aprender a despertar, Jaime Pinos	75
-----------------------------------	----

*A Estrella González J.*





Estoy sometido a este sueño:  
sé que no es más que un sueño,  
pero no puedo escapar de él.

GEORGES PEREC, *La cámara oscura*



# PRIMERA VIDA



# I

SANTIAGO DE CHILE. Año 1980. En un liceo del barrio Avenida Matta, una niña de diez años entra de la mano de su papá. Trae un bolsón de cuero colgando del hombro y los cordones del zapato derecho desatados. Afuera, en la calle, aún quedan los restos de una celebración que dejó algunos panfletos, botellas vacías y basura desperdigada por la vereda. La nueva Constitución propuesta por la Junta Militar fue aprobada por una amplia mayoría. El portero del liceo barre la mugre del frontis mientras mira al padre de la niña. El hombre se saca el gorro de carabinero para despedirse de su hija. Le da un beso en la mejilla y le dice un par de palabras al oído. La niña sonríe y luego avanza por el pasillo con su cordón desatado arrastrándose por las baldosas del suelo. Frente a la estatua de la Virgen del Carmen, se hinca y besa su dedo pulgar.

## II

A VECES soñamos con ella. Desde nuestros colchones desperdigados por Puente Alto, La Florida, Estación Central o San Miguel, desde las sábanas sucias que delimitan nuestra ubicación actual, refugiados en los catres que sostienen nuestros cansados cuerpos que trabajan y trabajan; de noche, y a veces hasta de día, soñamos con ella. Los sueños son diversos, como diversas son nuestras cabezas, y diversos son nuestros recuerdos, y diversos somos y diversos crecimos. Desde nuestra onírica diversidad podemos concordar que cada uno a su propio modo la ve como la recuerda. Acosta dice que en su sueño ella aparece niña, tal como la conocimos, de uniforme escolar, con el pelo tomado en un par de trenzas largas. Zúñiga dice que no, que nunca ocupó trenzas, que a él se le aparece con una melena negra y gruesa enmarcándole la cara, melena que sólo él recuerda, porque Bustamante tiene otra imagen y Maldonado otra y Riquelme otra y Donoso otra, y todas y cada una son diferentes. Los peinados y los colores varían, las facciones no terminan de enfocarse, las formas se borronean, y no hay manera de ponerse de acuerdo porque en los sueños, lo mismo que en los recuerdos, no puede ni debe haber consenso posible. Fuenzalida sueña con la primera vez que la vio. Cuando despierta no recuerda bien cómo era su peinado, así es que no entra en ese debate con el resto del curso, porque para Fuenzalida lo

importante en los sueños son las voces, no los peinados. Fuenzalida sueña con muchas voces infantiles cuchicheando en la sala de clases del quinto año básico y con el profesor de turno pasando la lista. Acosta, presente. Bustamante, presente. Las voces de cada uno de los niños van respondiendo con el tono preciso, tal cual eran, porque aunque las voces se diluyen con el tiempo, los sueños saben resucitarlas. Donoso, presente. Fuenzalida, presente. Y entonces el turno de ella, su nombre pronunciado bajo los bigotes negros del profesor: González, se escucha en la sala, y desde un banco solitario de la fila del fondo, la alumna nueva, o quizá no tan nueva, responde presente. Es ella. No importa cómo se ve su pelo, su color de piel o sus ojos. Todo es relativo, menos el sonido de su voz, que cuando se trata de sueños, según Fuenzalida, es lo mismo que una huella digital. La voz de González se nos cuela desde el sueño de Fuenzalida y toma nuestras propias imágenes, nuestras propias versiones de González, y ahí se instala y se queda para acompañarnos noche tras noche. Algunas visita la almohada de Acosta, otras el colchón de Maldonado, otras las sábanas rotas de Donoso. Y así el recorrido nocturno es una pasada de lista circular que no termina nunca, un chequeo eterno que no nos deja dormir tranquilos. Han pasado años. Demasiados años. Nuestros colchones, lo mismo que nuestras vidas, se han desperdigado en la ciudad hasta desconectarse unos de otros. ¿Qué ha sido de cada uno? Es una incógnita que poco importa resolver. A la distancia compartimos sueños. Por lo menos uno bordado con hilo blanco en la solapa de un delantal cuadrillé: Estrella González.

### III

NOS HAN ordenado uno delante del otro en una larga fila en medio del patio del liceo. A nuestro lado, otra larga fila, y otra más allá, y otra más allá. Formamos un cuadrado perfecto, una especie de tablero. Somos las piezas de un juego, pero no sabemos cuál. Tomamos distancia, ponemos el brazo derecho en el hombro del compañero de adelante para marcar el espacio justo entre cada uno de nosotros. Nuestro uniforme bien puesto. El último botón de la camisa abrochado, la corbata anudada, el jumper oscuro debajo de la rodilla, las calcetas azules arriba, los pantalones perfectamente planchados, la insignia del liceo zurcida en el pecho, a la altura correcta, sin hilachas colgando, los zapatos recién lustrados. Mostrar las uñas limpias, las manos sin anillos, la cara despejada, el pelo fuera de combate. Cantar el himno nacional todos los lunes a primera hora, entonarlo como cada uno puede, con voces agudas y desafinadas, voces chillonas que gritonean un poco, nuestras voces repitiendo entusiastas el estribillo, mientras uno de nosotros iza la bandera chilena allá delante y otro la sostiene entre sus brazos. La estrellita de tela blanca subiendo y subiendo y subiendo hasta alcanzar el cielo. La bandera por fin arriba del asta, flameando sobre nuestras cabezas, al compás de nuestras voces, y nosotros mirándola protegidos por su sombra oscura.



## IV

MALDONADO sueña con cartas. Son cartas viejas escritas con la caligrafía de una niña de diez años. Cartas que González y ella se enviaban por correo, como si no se hubieran visto en la sala de clases todos los días, como si hubieran estado tan lejos como están ahora. Maldonado dice que la ortografía de González no es buena, pero que su letra está dibujada con cuidado, con disciplina. Ella parece otra en las cartas, no la calladita y tímida de la fila del fondo de la sala. Los sueños de Maldonado son la lectura de cada una de esas cartas. Sueños que se arman de palabras, se articulan a punta de letras y frases. Remitentes escritos con una caligrafía azul pasta, y direcciones y firmas y saludos cordiales, y se despide atentamente, y te saluda con cariño, y espero tu respuesta, y no dejes de escribirme, amigas para siempre, no me olvides por favor.

Fuenzalida dice que cada uno sueña como puede. Que mientras ella escucha voces, y otros sólo ven imágenes, Maldonado tiene todo el derecho a que sus sueños estén contruidos de palabras. Cada ladrillo es un verbo, un artículo, un adjetivo, y así la construcción crece, levanta escaleras y se transforma en un túnel alto que puede comunicar el cielo y el infierno. Maldonado sueña palabras azules escritas por la mano de una niña. La que más se repite es su nombre. Está escrito en el remitente y en la firma de cada carta. Junto a él, el dibujo

de una estrella pintada con tinta, como una especie de marca personal, como un signo caído de alguna bandera.

*¡Hola, querida Amiga! ¿Cómo estás tú y tu familia? Espero que bien pues yo he estado un poquito resfriada y con algunos problemas. ¿Te acuerdas de la carta que me mandaste? Yo todavía no te la contestaba, pero tengo que contestártela porque eso no significaría ser buenas compañeras y yo creo que nosotras sí somos buenas compañeras, aunque a veces en clases no me das ni bola. Contigo se puede confiar. No sabes cuántas cosas tengo que contarte. Cosas secretas que sólo tú puedes saber, cosas que no puedo contarle a nadie, cosas que ni siquiera las he dicho o escrito o pensado. Muchas cosas. Cosas que no tienen que ver con Zúñiga, nada que ver que me molesten con él, a mí no me gusta. Son otras cosas, cosas más importantes y secretas las que tengo que contarte. Pero esta hoja es tan chiquitita y yo tengo la letra tan grande, tan gorda. Mi papá dice que tengo que achicarla un poco y meterla más en las líneas, pero no es muy fácil achicarse y meterse en las líneas porque las líneas son flaquitas y casi ni se ven. Si yo le hiciera caso a mi papá ahora podría contarte más, pero como no se me da achicar la letra ni meterla en las líneas flaquitas ahora tengo que disminuir mis palabras. Yo debiera hacer el intento de obedecer a mi papá. Él se merece eso, que yo lo obedezca. Ahora está en el Hospital de Carabineros. ¿Tú sabías que a mi papá le pasó un accidente en su trabajo? Nadie en el liceo sabe. Le han hecho varias operaciones. Por eso yo debiera tratar de escribir más chiquitito, como me dice él. Después mi mamá también en cama, pero aquí en la casa. Es que está esperando un hermanito nuevo,*

*pero no es un embarazo como los demás. Tú sabías que mi hermanito Rodrigo se murió el año pasado. Fijaté que teníamos sólo un año de diferencia, o sea que cuando yo cumpliera once años él iba a tener diez. Por eso mamá y papá y yo queremos tanto tener un hermanito nuevo. Yo pienso que va a ser un poco mi hijo también. ¿Tú quieres tener hijos? Yo cuando sea grande quiero tener muchos. Voy a ser una mamá de varios hijos y a ninguno le va a pasar lo que le pasó a mi hermanito Rodrigo. Confío en la Virgen de que así va a ser. También confío en la Virgen que mi mamá va a estar bien con su embarazo. Entonces yo tengo que portarme bien, eso es lo que me toca, hacer las tareas e intentar achicar mi letra. Espero que tú te saques buenas notas en todas las pruebas. ¿Sabías que el doce de agosto fue el cumpleaños de mi papá? Pues ahora tengo que despedirme o si no tendría que pensar más cosas y no sé qué más ponerte y la hoja es chica y mi letra es grande y gorda, y tampoco alcanza para más.*

*Chao, amiga Maldonado.*

*Espero que te guste mi cartita tan chiquitita.*

*Espero tu respuesta.*

*Tu compañera. ★*

*P. D. Lo que me dijiste de Zúñiga es verdad. Pero sólo me gusta su pelo y sus ojos, porque todo lo demás es negro y feo.*

## V

RIQUELME sueña con manos de repuesto. Son las manos de la casa de González. Él fue el único que estuvo ahí una vez, entonces sus sueños son como un testimonio. Riquelme dice que la casa era grande y oscura y llena de puertas cerradas. Detrás de una de esas puertas estaba la pieza del hermano de González. Ahí no se podía entrar. Detrás de otras dos puertas, en un segundo piso al que se llegaba por una escalera sin baranda, estaban las piezas de González y sus papás. Ahí sí se podía entrar, pero él no lo hizo. No lo invitaron. Abajo estuvo en un comedor y en un living y en un estar con una televisión y un equipo Atari que había sido del hermano de González, pero que ahora era de González y se podía usar sin problema. Riquelme y González jugaron al *Space Invaders* durante muchas horas. Las balas verdes fosforescentes de los cañones terrícolas avanzaban rápidas por la pantalla hasta alcanzar a algún alienígena. Los marcianitos bajaban en bloque, en un cuadrado perfecto, lanzando sus proyectiles, moviendo sus tentáculos de pulpo o calamar, pero el poder de González y Riquelme era tremendo y siempre terminaban explotando. Diez puntos por cada marciano de la primera fila, veinte por los de la segunda y cuarenta por los de la fila del fondo. Y cuando moría el último, cuando la pantalla quedaba pelada, otro ejército de alienígenas aparecía desde el cielo dispuesto a seguir batallando.

Entregaban al combate una vida, otra y otra más, en una matanza cíclica sin posibilidad de fin. Proyectiles iban y venían. González y Riquelme mataron tantos marcianos como fue posible, pero nunca, pese a sus esfuerzos, lograron sobrepasar la marca que había hecho el hermano de González hace un año en el score. Era un *high score* difícil de superar. Por más que lo intentaron, el combate antialienígena de esa tarde fracasó en romper el récord.

Luego de un rato la mamá de González, doña González, les sirvió la leche y les dijo que debían hacer la tarea. Era un trabajo de Historia sobre la Guerra del Pacífico, la eterna disputa entre Chile y Perú y Bolivia; y entonces González y Riquelme se sentaron en la mesa del comedor y se pusieron a estudiar. Riquelme no recuerda mucho sobre el trabajo, más recuerda las sopapillas con azúcar flor que les sirvió doña González, y la fotografía del hermano de González que colgaba de la pared. Según Riquelme, el hermano de González se parecía mucho a González. Una especie de copia, pero en versión masculina. Quiso preguntar qué había pasado con él, pero no se atrevió. Al lado de la foto del hermano de González había también algunas medallas colgando. Todas con cintas tricolores, como ganadas por un atleta o un militar. Había galvanos hechos de cobre, había banderas, muchas minibanderas de género, de metal, todas pequeñas, como para usarlas en el trabajo de la Guerra del Pacífico, o clavarlas en la conquista de algún territorio marciano.

En eso estaba Riquelme, mirando al hermano de González y las distinciones que colgaban de la pared, cuando llegó el papá de González, don González.

Riquelme no lo conocía. Muy pocos lo conocíamos. Era un hombre grande, uniformado, que siempre estaba viajando y que sólo a veces se dejaba ver cuando llevaba a González por la mañana al liceo. Esa tarde, como seguramente hacía siempre, don González besó a su mujer y a su hija, le hizo un gesto amable a Riquelme, y luego de saludar, como un ejercicio cotidiano, como quien se suelta la corbata para relajarse un rato, don González se sentó en un sillón y se sacó su mano izquierda. Era una mano de madera, como las piernas huecas de los piratas. La escondía debajo de un guante de cuero negro.

La mamá de González se dio cuenta del desconcierto de Riquelme. Rápidamente se llevó a su marido y su mano de madera al segundo piso. González le explicó a Riquelme que su papá había sufrido un accidente terrible y que por eso ya no tenía su manito izquierda. Un policía compañero de él, por casualidad, tomó una bomba y, por casualidad, le sacó el pitutito. Don González, por salvarle la vida a su compañero policía, hizo algo, nadie entiende bien qué fue, y parece que tomó la bomba con su manito izquierda, y trató de tirarla muy lejos con su manito izquierda, pero antes de que lo hiciera, la bomba le estalló en su manito izquierda. Cuando llegaba a la casa por las noches, como ahora, se sacaba la prótesis que hacía las veces de manito izquierda, y descansaba porque las prótesis aprietan y no se puede tenerlas puestas tanto rato. Tenía varias, le contó, las guardaba en un mueble especial. Todas de madera, de raulí, de alerce, todas trabajadas únicamente para él, a su medida, para que no sintiera la falta del miembro ausente.

Riquelme nunca más volvió a la casa de González. La idea de esas manos ortopédicas lo atemorizaba. Alguna vez le tocó trabajar con González de nuevo, pero prefirió invitarla a su departamento, donde las manos no se salían de los cuerpos ni los niños colgaban de la pared. El rumor se hizo conocido en el liceo como una especie de mito y nadie, absolutamente nadie, ni Maldonado que se carteaba con González, y que se decía su mejor amiga, se atrevió a ir a la casa por miedo a las manos de repuesto de don González. Decían que había algunas de fierro, otras de plata y de bronce. Alguien dijo que don González tenía una que disparaba y otra que podía apuñalarte porque de ella salían cuchillos. Dedos afilados, uñas calibre 2.5, manos cañón o guillotina.

Ahora Riquelme sueña con ese mueble lleno de prótesis que nunca vio y con un niño que nunca conoció jugando con ellas. El niño abre las compuertas del mueble y le muestra las manos ortopédicas ordenadas una por una, alineadas como en un arsenal. Son de color verde fosforescente como las balas del *Space Invaders*. El niño da una orden y ellas le obedecen como animales amaestrados. Riquelme las siente salir del mueble y avanzar tras de él. Lo acechan. Lo persiguen. Se acercan como un ejército terrícola a la caza de algún alienígena.

## VI

ABOTONAMOS nuestros delantales cuadrillé, nuestras cotonas color café con leche. Un botón tras otro, con mucho cuidado, que ningún ojal quede vacío, seis veces el mismo ejercicio desde arriba, a la altura del cuello, hasta llegar abajo, al borde del género. Cuando ya estamos listos, nos ubicamos al lado de nuestro banco de madera. Estamos uno delante del otro en una larga fila en nuestra sala de clases. A nuestro lado, otra larga fila, y otra más allá, y otra más allá. Somos varias columnas formando un cuadrado perfecto, una especie de table-ro. Con la mano derecha, todos al mismo tiempo, nos persignamos mirando la imagen de la Virgen del Carmen que está arriba de la pizarra, justo por sobre nuestras cabezas. Es un cuadrito pequeño, algo desteñado, pero ahí aparece la doña con su corona de oro y su bandita tricolor cruzándole el pecho, mientras lleva en brazos a su hijito, la guagüita Jesús. En nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, rezamos alguna oración a la Virgen para iniciar el día y le pedimos por los más pobres, por los desamparados, por los que no tienen casa, por los que no pueden estudiar en el liceo como nosotros. Nuestras voces a coro en un rezo idéntico al de ayer y al de anteayer y al de mañana. Virgencita, madre nuestra, tú que cuidas a todos los niños, cuídanos a nosotros, tus hijos, también. Protégenos del mal, no nos dejes caer en la tentación. Virgencita, madre nuestra



y madre del señor salvador, guíanos por un camino de paz, por un sendero libre de miedos y peligros, por una vida luminosa y plena, lejos de las dificultades y horrores del mundo. No nos desampares en la incertidumbre, madrecita, no nos abandones en el dolor, y alcánzanos la felicidad de tu reino eterno, madre buena, santísima toda entera, por los siglos de los siglos. Amén. Un beso en el dedo pulgar a modo de punto final y luego tomamos asiento en nuestros puestos de madera para comenzar la clase de turno, amparados por la Virgen que nos observa desde la altura. Siempre nos observa desde la altura. Sus ojos de vidrio espiándonos por sobre nuestras peinadas cabezas.

## VII

ESTAMOS en un barco de papel lustre. Es un barco grande con un grupo de treinta y cuatro grumetes, que somos nosotros, todos a cargo de un nosotros, que es Zúñiga, el capitán. Su mami le ha pintado una barba negra con corcho quemado y le ha puesto un traje de marino, que no es más que su abrigo azul del liceo con unas intervenciones de cartulina amarilla. Una música infernal sale de un tocadiscos mientras González, que es la más alta de los grumetes, que somos nosotros, lleva la bandera chilena entre sus manos y la mueve al compás. Zúñiga piensa que se ve linda vestida de hombre. Tiene bigotes de corcho quemado también y un gorrito blanco de marinero, como todos nosotros. Zúñiga la mira, todos nos damos cuenta, menos ella. Muchachos, la contienda es desigual, dice nuestro capitán y nosotros lo miramos con ojos patriotas. Pero ánimo y valor. Nunca se ha arriado nuestra bandera ante el enemigo y espero que ésta no sea la ocasión de hacerlo. Mientras yo viva, esa bandera flameará en su lugar, y si yo muero, mis oficiales sabrán cumplir con su deber. Viva Chile, mierda, termina Zúñiga y se lanza al abordaje del barco enemigo.

Soy un héroe. Todos los años, para el 21 de mayo, me toca serlo. No sé por qué me eligen, no me parezco a Arturo Prat, pero soy igual de valiente y también podría llegar a morir por algo o por alguien. Año tras año

repito este desastre continuo que parece no tener fin. Como en un *déjà vu*, ahora me toca morir nuevamente en la cubierta enemiga por mi patria y por mi honor. Igual que el año pasado, y el antepasado, y el antepasado. Dejo mi barco de papel lustre, salto con mi espada en la mano, pero en el intento de caer en la nave enemiga, voy a dar a una sábana blanca que es el mar. No caigo en el barco peruano que construimos ayer en la sala de clases. No hago lo que había ensayado tantas veces.

Con la mirada busco a la profesora entre el público, pero no la encuentro. Quiero explicarle que esto no es mi culpa. No es que no quiera ir a combate, es que esta sábana blanca me atrapa. Caigo en ella y me envuelve y me esconde y me adormece. No recuerdo esta sábana blanca. Alguien la puso aquí a última hora. No era parte de la representación. No era parte de este combate. Quiero pedir auxilio, pero no se vería bien. Soy un héroe, no un cobarde. Y aunque sé que de todas formas voy a morir, igual me resisto e intento sacar la cabeza de este mar de género. Veo a mis grumetes allá en el barco. Todos me hacen señas con la mano derecha. Parece una despedida. González no ha soltado la bandera, la tiene entre sus manos y la mueve como si fuera un gran pañuelo. Se acerca a la baranda. Su cara se moja con gotas de mar que ella seca con la puntita de la bandera. Pero ahora que lo pienso, creo que esas gotas también podrían ser lágrimas.

González está llorando. Dicen que su hermano murió ahogado. Nadie sabe cómo ni por qué. A lo mejor fue así, envuelto en una sábana blanca que se parece al mar. González me lanza la bandera y yo intento tomarla. Creo que es un salvavidas. La bandera me cubre,

lo mismo que la sábana. Yo me doy vueltas, me retuerzo, me voy por la corriente, me ahogo y me duermo. Me duermo profundamente. Creo que muero bajo el género tricolor.

Despierto.

Ella está sentada en mi cama.

Siento el peso de su cuerpo junto a mí.

Zúñiga, me dice, te salvaste. La escucho entremedio del ruido blanco del televisor aún encendido. Es tarde. Sé que estoy soñando, pero su voz junto a mi oído es tan real como el peso liviano de las sábanas sobre mi cuerpo. Es ella. La luz de la pantalla del televisor la ilumina. La melena negra, las pecas sobre la nariz, un gorro blanco de marinero y el bigote de corcho quemado algo desteñido por sus lágrimas. ¿Volviste?, le pregunto, y ella sonríe. Siento ese olorcito a chicle entremedio de su pelo. La pantalla del televisor anuncia la programación de un nuevo día. Parte con el Himno Nacional y con imágenes de todo el país de Arica a Punta Arenas.

Despierto otra vez.

No hay televisor.

Estoy solo y he envejecido.